

UNA MÍSTICA DE LA ACCIÓN. LA IMPLICACIÓN MUTUA ENTRE ÉTICA Y ESPIRITUALIDAD

Tony Mifsud, S. J.*

A primera vista pareciera que mientras la *búsqueda* personal por la espiritualidad constituye una sentida necesidad contemporánea (independiente de la creencia o la ideología del individuo), el *discurso* público sobre la moral se percibe como anacrónico y hasta irrelevante en el actual contexto cultural donde predomina una decidida reivindicación de la libertad individual y la autonomía personal.

Sin embargo, una atenta reflexión sobre el *significado* de la espiritualidad y de la ética en la *experiencia* cristiana revela una necesaria e inseparable *relación* entre ambas. Esta relación no se da tan sólo a nivel de complementariedad sino, muy especialmente, en el sentido de una mutua e indisoluble *implicancia*, ya que una ética que se dice cristiana encuentra su *fuentes* en el Espíritu y, a la vez, una espiritualidad de talante cristiano se hace *auténtica* en la expresión concreta de un estilo de vida.

El camino de *renovación* emprendido por la teología moral en términos del seguimiento de Cristo¹ y la *comprensión* de la espiritualidad en términos de llamada universal a la santidad (*versus* huida del mundo, propia de un *elite*) permiten la construcción de un *espacio común* entre ambos. Ya no se trata de una moral del mínimo para laicos y una espiritualidad del máximo para la vida religiosa, sino una espiritualidad y una moral que constituyen distintas expresiones de la *misma* vocación común a todos los cristianos.

Por consiguiente, es preciso *fundamentar* teológicamente la unidad en la diversidad entre espiritualidad y moral, para posteriormente señalar algunos *rasgos* de una ética redimensionada por la espiritualidad cristiana.

1. Unidad en la diversidad

Una primera impresión puede situar en *extremos opuestos* a la espiritua-

* Doctor en Teología Moral por la Universidad de Comillas (Madrid) y actual director del Centro de Ética de la Universidad Alberto Hurtado de Santiago de Chile.

¹ "La teología moral (...) deberá mostrar la excelencia de la vocación en Cristo" (CONCILIO VATICANO II, *Optatam Totius*, 16).

lidad y a la moral, reduciendo la espiritualidad a la vida religiosa (el camino de perfección en torno a los consejos evangélicos) y comprendiendo la moral como el mínimo exigible (el camino de salvación iluminado por los Diez Mandamientos).

Tampoco sería correcta una reacción contraria que moraliza la espiritualidad (reducir la espiritualidad a la acción ética) o espiritualiza la moral (una fe que no tiene incidencia en la realidad histórica). En este caso se cae en la *reducción* y la *confusión* entre dos dimensiones que pertenecen a la misma realidad. La espiritualidad y la moral no son niveles distintos, sino dos caminos diferentes que expresan una misma experiencia. El desafío consiste en vivir al máximo estos dos caminos, sin negar la radicalidad de los consejos evangélicos.²

1.1. Distintas expresiones de una experiencia

La vocación de todo cristiano es una *llamada a la santidad* según su propia condición. "Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios".³

La espiritualidad consiste en una vida guiada por el Espíritu del Hijo y del Padre; la acción ética es un comportamiento inspirado por este mismo Espíritu. En esta vida *nueva*, la espiritualidad se hace *compromiso* ético y la moral es *motivada* por la coherencia con esta experiencia espiritual. La acción ética es justamente un estilo de vida coherente y consecuente con la vida de gracia recibida.⁴

La experiencia humana se rige por dos movimientos: la *unidad*, en la orientación y la meta, y la *diversidad*, en el camino. La sola diversidad conduce a la dispersión que carece de rumbo, y la mera unidad negaría la particularidad confundiendo con la uniformidad. La unidad en la diversidad constituye la

² La santidad "se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos" (CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 21 de noviembre de 1964, 39).

³ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 21 de noviembre de 1964, 41.

⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, 4 de marzo de 1979, 18.

clave epistemológica para comprender las diversas dimensiones de la existencia humana. La contemplación del significado cristiano, la vivencia de su misterio, su implicación ética en la transformación de la historia son distintas manifestaciones de una misma y única opción de vida.⁵

La espiritualidad y la ética cristiana brotan de la misma experiencia de Dios en el camino hacia la santidad, que consiste en una vida de caridad (amar a Dios en el otro y el otro en Dios), según la vocación particular de cada uno.

Juan Pablo II señala que "la vocación de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. Act 6, 1). Por esto, *seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana*: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. Éx 13, 21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. Jn 6, 44). No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre".⁶

El *seguimiento* de Jesús el Cristo significa *hacerse conforme a Él*, dejarse moldear por Él mediante la obra del Espíritu.⁷ En palabras paulinas, es dejar que "Cristo habite por la fe en vuestros corazones" (Ef 3, 17), para tener "los mismos sentimientos que tuvo Cristo" (Fil 2, 5). La *experiencia* (espiritualidad) se hace *compromiso* (ética) y el compromiso (ético) es fruto de la experiencia (espiritualidad).

Esta mutua implicancia entre la teología espiritual y la ética cristiana no desconoce la *peculiaridad* de los dos enfoques o perspectivas en la lectura de la misma y única experiencia fundante del creyente. Así, la espiritualidad privilegia la *verticalidad* (la relación con el Trascendente) mediante la *interioridad* (el proceso de conversión), mientras la moral mira preferentemente la *horizontalidad* (la realidad como historia) mediante el camino de la *exterioridad* (el proceso de la transformación de la realidad).

Este distinto enfoque, por cierto no excluyente, también implica una diferencia en la *temática* (mientras la espiritualidad reflexiona sobre el proceso de crecimiento en la experiencia de fe, la moral orienta hacia una actuación histórica) y en la *metodología* (mientras la espiritualidad acude básicamente a las media-

⁵ Cf. M. VIDAL, *Moral y Espiritualidad: de la separación a la convergencia*, Editorial PS, Madrid, 1997, 5.

⁶ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 19.

⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 21.

ciones antropológicas, como la psicología, la moral se sirve de las mediaciones de las ciencias sociales para comprender la realidad y proponer caminos alternativos).⁸

1.2. Desde la fe a la moral

En esta doble expresión dentro de un "nexo intrínseco e indivisible entre fe y moral"⁹ ha existido una tendencia, influenciada por el pensamiento kantiano (el deber ser del imperativo categórico)¹⁰, de privilegiar el movimiento *desde la moral hacia la fe*, en el sentido de un cumplimiento para conseguir un premio, o de una obediencia para asegurar la salvación. Este enfoque ha sido frecuentemente generador de un fuerte sentido de culpabilidad (el cumplimiento del deber ser como referente de autoestima religiosa) y de una perspectiva normativo-legalista (el deber ser sin ulterior fundamentación). Además, generalmente se asocia el catolicismo con la dimensión moral del cristianismo. De hecho, la sociedad pluralista suele identificar la Iglesia Católica con sus posturas éticas, especialmente en el campo de la sexualidad.

Sin embargo, el cristianismo no es primariamente una moral, sino fundamentalmente un ámbito de *sentido trascendente* (la fe) y de *celebración* (la esperanza) que conducen a un determinado *estilo de vida* (la caridad). Justamente, la acción ética del cristiano consiste en la mediación de este sentido último vivido en un contexto de profunda confianza en la acción del Espíritu.

⁸ Cf. M. VIDAL, *Moral y Espiritualidad*, 9-54. Para una bibliografía sobre la relación entre teología espiritual y ética cristiana se puede consultar la nota 3 en las páginas 9 y 10.

⁹ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 4.

¹⁰ En el pensamiento de Kant, en el intento de fundamentar una moral desinteresada y autónoma, es el deseo del cumplimiento del deber moral el que fundamenta la religión (de la moral a la religión): "El principio cristiano de la moral no es teológico (por consiguiente, heteronomía), sino autonomía de la razón pura práctica por sí misma, porque él no hace del conocimiento de Dios y de su voluntad el fundamento de estas leyes, sino sólo del logro del supremo bien, bajo la condición de la observancia de las mismas; el motor mismo propio para la observancia de las últimas no lo pone en la deseada consecuencia, sino sólo en la representación del deber, como única cosa en cuya fiel observancia consiste la dignidad de la adquisición del bien supremo. De esta manera *conduce la ley moral* por el concepto del supremo bien, como objeto y fin de la razón pura práctica, *a la religión*, esto es, al conocimiento de todos los deberes como mandatos divinos, no como sanciones, es decir, órdenes arbitrarias y por sí mismas contingentes de una voluntad extraña, sino como leyes esenciales de toda voluntad libre por sí misma, que, sin embargo, tienen que ser consideradas como mandatos del ser supremo, porque nosotros no podemos esperar el supremo bien, que la ley moral nos hace un deber de ponernos como objeto de nuestro esfuerzo, más que de una voluntad moralmente perfecta (santa y buena), y al mismo tiempo todopoderosa, y, por consiguiente, mediante una concordancia con esta voluntad. Por eso queda aquí todo desinteresado y sólo fundado sobre el deber, sin que el temor o la esperanza puedan ser puestos a la base como motores, pues que, si llegan a ser principios, aniquilan todo el valor moral de las acciones" (*Crítica de la razón práctica*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984³, 181).

La ética cristiana, vivida y formulada, precisa recuperar su *hogar teológico*, situándose en el horizonte del sentido para motivar un correspondiente estilo de vida en la historia. Una moral de *sentido* que fundamenta una ética de obligación como expresión de la coherencia y de la consecuencia. Una moral de *contenido* (el seguimiento de la Persona de Cristo, guiado por la acción del Espíritu, en la construcción del Reinado del Padre) como motivación básica del actuar y del pensar la ética desde la fe.

Entonces, la ética cristiana recupera su talante de ser una *moral de la gracia*. Una ética que se rige por la ley evangélica y no por la ley mosaica.¹¹

San Juan Crisóstomo explica que "nuestra vida debería ser tan pura que no tuviera necesidad de ningún escrito; la gracia del Espíritu Santo debería sustituir a los libros, y así como éstos están escritos con tinta, así también nuestros corazones deberían estar escritos con el Espíritu Santo. Sólo por haber perdido esta gracia tenemos que servirnos de los escritos. (...) Pues es el Espíritu Santo el que bajó del cielo cuando fue promulgada la nueva ley, y las tablas que Él grabó en esta ocasión son muy superiores a las primeras; los apóstoles no bajaron del monte, como Moisés, tablas de piedra en sus manos, sino que lo que llevaban era el Espíritu Santo en sus corazones, convertidos mediante su gracia en ley y libro vivientes"¹².

En esta misma línea de pensamiento, Santo Tomás de Aquino subraya la superioridad y la prioridad de la ley nueva. "La ley nueva principalmente es la misma gracia del Espíritu Santo, que se da a los fieles de Cristo. (...) Tiene, sin embargo, la ley nueva ciertos preceptos como dispositivos para recibir la gracia del Espíritu Santo y ordenados al uso de la misma gracia, que son como secundarios en la ley nueva, de los cuales ha sido necesario que fueran instruidos los fieles de Cristo, tanto de palabra como por escrito, ya sobre lo que se ha de creer como sobre lo que se ha de obrar. Y así conviene decir que la ley nueva es principalmente ley infusa; secundariamente es ley escrita"¹³.

Sin negar la necesidad pedagógica de la ley escrita, sería fatal reducir la ética cristiana a un cumplimiento legalista que pierde de vista lo más importante: el *protagonismo* del Espíritu del Hijo y del Padre en la vida y la acción del cristiano. Pues, "esta es la confianza que tenemos delante de Dios por Cristo. No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser

¹¹ Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 24 y 45.

¹² S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Matth.*, Hom. 1, n. 1: PG 57, 13-15.

¹³ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 106, art. 1.

ministros de una nueva Alianza, no de la letra, sino del Espíritu. Pues la letra mata, mas el Espíritu da vida" (2 Cor 3, 4-6).

San Pablo escribe: "Pues si por la ley se obtuviera la justificación, entonces hubiese muerto Cristo en vano" (Gál 2, 21). La ley ilumina el camino, pero sólo Cristo salva, porque sólo Él es el Camino, la Verdad y la Vida.¹⁴

La vida ética del cristiano comienza con la oración humilde, pero confiada: *Indícame, Señor, Tu camino, guíame por un sendero llano*¹⁵, porque para el cristiano la vida consiste en la *búsqueda* del rostro de Dios¹⁶ en lo cotidiano de su existencia. Sólo entonces cobra importancia decisiva, en el actuar y el pensar, el horizonte de la ética como *respuesta gozosa* al llamado divino (contexto interpersonal más que cumplimento impersonal), como gesto de *libertad en el amor* (una opción que nace del amor confiado en Dios), como expresión sencilla de la *caridad* (la mediación de la vida ética en términos de caridad).

El hecho de privilegiar el enfoque de una ética que brota de la fe, o de una moral desde la fe, inaugura una relación de coherencia y de consecuencia, dentro del contexto de la *gratuidad*, que invita a la responsabilidad de una ética *motivada* por la constante referencia a la *Persona de Jesús* de Nazaret, proclamado como el *Cristo* por el Padre Dios.¹⁸

Sin embargo, esta perspectiva no significa la moralización de la fe (reduciendo la religión al cumplimiento moral), ni un fundamentalismo religioso de la moral (eliminando la racionalidad ética, cayendo en un fideísmo moral), como tampoco una moral sectaria (incapaz de entrar en diálogo con otras éticas). Por el contrario, este enfoque subraya la necesidad de *una fe que se expresa en obras concretas*¹⁹, evitando la tentación de un espiritualismo sin compromiso. La actuación ética verifica (*veritas facere*-hacer verdad) la experiencia espiritual. No se trata de obrar para merecer la fe, sino de la necesidad de las obras para expresar agradecimiento por –y coherencia con– el don de la fe.

¹⁴ Cf. Jn 14, 6.

¹⁵ Cf. Sal 27, 11.

¹⁶ Cf. Sal 27, 8.

¹⁷ Cf. M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental: el hogar teológico de la Ética*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000, 680-681.

¹⁸ Cf. Hch 2, 22-36. "Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36).

¹⁹ "Si alguno dice: *Amo a Dios*, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano" (1 Jn 4, 20-21). Es que "la fe, si no tiene obras, está realmente muerta" (Sant 2, 17).

1.3. La caridad lo resume todo

El espacio *común* y convergente entre la espiritualidad y la ética cristiana es *la caridad*, pues ella constituye la dimensión vertical (espiritualidad) y horizontal (ética) de la fe cristiana. La unión con Dios se realiza mediante la práctica de la caridad. "En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron" (Mt 25, 40).

La caridad es el *gran mandamiento* que entregó Jesús a sus discípulos. A la pregunta sobre la obtención de la vida eterna, la respuesta de Jesús es clara: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como ti mismo.*²⁰ Esta es la fuente de vida para el cristiano, porque la caridad *resume* toda la ley.²¹

En la primera carta de San Pablo a los cristianos de Corinto se encuentra el himno a la caridad como el *carisma* cristiano por excelencia. "Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha"²².

Por tanto, Santo Tomás de Aquino afirma que "la caridad es la que nos une a Dios, que es el fin último de la mente humana, ya que *el que permanece en caridad permanece en Dios y Dios en él*, como se dice en 1 Jn 4, 16. Por tanto, la perfección cristiana consiste principalmente en la caridad"²³. Así, "por lo que toca a la vida cristiana, consiste especialmente en la caridad, por la que el alma se une a Dios. Por eso leemos en 1 Jn 3, 14: *El que no ama, permanece en la muerte*. De ahí que la perfección de la vida cristiana se mide esencialmente por la caridad y relativamente por las demás virtudes. Y dado que lo que es esencial es el máximo principio respecto de los demás, de ahí que la perfección de la caridad sea el principio respecto de la perfección que se considera en las demás virtudes".²⁴

El horizonte de la caridad articula el crecimiento en la vida espiritual, atestiguada por la entrega hacia el otro en la construcción de una sociedad siem-

²⁰ Cf. Lc 10, 25-28; Mc 12, 28-34; Mt 22, 34-40.

²¹ Cf. Rom 13, 10; Gál 5, 14.

²² 1 Cor 13, 1-3.

²³ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 184, art. 1.

²⁴ *Ib.*, art. 1, ad 2.

pre más humana y más justa. Es *la fe que actúa por la caridad* (Gál 5, 6), es la fe que *se hace* caridad.

2. Reconstrucción de una relación perdida

Una ética *motivada* por la espiritualidad redimensiona la elaboración de su discurso. De ahí que se pueden señalar algunos *rasgos* de una reflexión ética que asume de manera explícita la dimensión de la espiritualidad. Entre otros posibles, lo fundamental en este discurso ético tendrá que incluir las características de una moral *trinitaria*, una moral del *seguimiento de Cristo* y una moral de la *gratuidad*.

2.1. Una moral trinitaria

La Trinidad es para la ética cristiana el *fundamento* y el *modelo* de comportamiento.²⁵

El ser humano es creado a *imagen y semejanza divina*²⁶ y, por ello, el fin último de la existencia humana consiste en la búsqueda de esta realización, la vuelta al hogar²⁷. Por consiguiente, el ser humano tiene una vocación profundamente comunitaria y sólo puede realizarse plenamente en comunidad, porque está creado a imagen de una comunidad divina.

La necesidad del otro no es una falla genética, sino responde a la condición humana. Sólo en la donación y en la comunión encuentra el ser humano su auténtica realización, porque es una realización en la apertura hacia el Otro en los otros. El ser humano ha sido creado por el Amor y sólo en el amor se encuentra a sí mismo en la donación al otro.²⁸

Pero, además de ser la Trinidad el fundamento del obrar ético, también se erige como paradigma en cuanto proyecta un modelo de *relaciones interpersonales*, en términos de donación y comunión, y de una utopía en la configuración de la sociedad.²⁹

²⁵ Cf. M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, 55-197.

²⁶ "Dijo Dios: *hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza*" (Gén 1, 26).

²⁷ "Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque *Le veremos tal cual es*" (1 Jn 3, 2).

²⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, (7 de diciembre de 1965), 24.

²⁹ "Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú Me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que Tú me has enviado y que Yo les he amado a ellos como Tú me has amado a Mí" (Jn 17, 21-23).

El horizonte ético es la realización en la historia del *proyecto del Padre* de conducir la creación y la historia humana, reconciliada en Cristo por la fuerza del Espíritu, a la plenitud salvífica, que consiste en la participación de la misma vida trinitaria.³⁰ Este proyecto, siendo un don, se erige en un desafío ético para la humanidad.

Además, la confesión de fe en el Padre Dios implica un estilo de vida guiado por la conciencia de *filiación* (vivencia espiritual) y por la práctica consecuente de la *fraternidad* (compromiso ético). La filiación³¹ fundamenta y exige la *solidaridad*, porque ésta lleva a plenitud la vivencia de la filiación *común* (la condición de hijos fundamenta la fraternidad humana, y la vivencia de la fraternidad asume la realidad de la filiación común).³²

Por consiguiente, la ética cristiana plantea el desafío de asumir al otro, y a *todo* otro sin ninguna distinción ni condición³³, como un *hermano*, junto a la tarea de pensar la articulación de la sociedad en términos correspondientes, es decir, una sociedad *solidaria* donde todos y cada uno tienen cabida activa.³⁴

La ética cristiana, en su formulación y en su actuar, tiene también el desafío de reflejar la imagen del Padre *misericordioso*, expresión máxima del amor y de la fraternidad solidaria.³⁴

Desde la cristología se esclarece el misterio de la persona humana, porque sólo en la Persona de Jesús el Cristo se comprende cabalmente el camino de su auténtica y plena realización. El que sigue a Jesús el Cristo, tratando de configurar su vida al estilo de Jesús, se realiza más auténticamente como *persona humana*, porque Cristo es el hombre perfecto, la revelación plena del Padre (el rostro humano de Dios).³⁵

El misterio de la *Encarnación* es la revelación del ser humano según el plan de Dios, es decir, se revela cómo Dios crea al ser humano, encarnándose en él, aconteciendo personalmente en él y liberándolo, por el mismo hecho, de su situación de pecado.

³⁰ Cf. Ef 2, 14-18.

³¹ Cf. Rom 8, 14-17; Gál 4, 4-7.

³² Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, (7 de diciembre de 1965), 32.

³³ Ver la parábola del Buen Samaritano en Lc 10, 25-37, y el amor hacia los enemigos en Mt 5, 44-45.

³⁴ Ver las tres parábolas sobre la misericordia en Lc 15.

³⁵ "Porque en Él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en Él" (Col 2, 9-10).

"En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, *manifiesta plenamente el hombre al propio hombre* y le descubre la sublimidad de su vocación. El que es imagen de *Dios invisible* (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado"³⁶.

Jesús el Cristo es la imagen humana de Dios y el ejemplo de auténtica realización humana. Por ello, Él es el camino hacia el Padre.

El Espíritu del Hijo y del Padre es la *fuerza* y la *fuerza* de la vida moral cristiana.³⁷ Sin la presencia y el don del Espíritu, la persona de Jesús de Nazaret sería simplemente una figura del pasado y el Evangelio letra muerta, porque "nadie puede decir *¡Jesús es Señor!* sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Cor 12, 3).³⁸

La vida moral cristiana se entiende dentro de la función *santificadora* del Espíritu. La ética cristiana constituye la respuesta, a la llamada del Padre a conformarse según la imagen del Hijo, bajo la guía del Espíritu. En esta respuesta actúa la libertad humana, iluminada y fortalecida por el Espíritu.³⁹

El Padre es la meta de la vida ética; su camino es Jesús el Cristo; su fuerza es el Espíritu. Del Espíritu brota necesariamente una moral *centrada en el amor* (siendo el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo) que conduce a la donación y que origina comunión.

Por ello, la presencia de la ley nueva constituye una instancia específica y *original* de una ética cristiana, porque constituye la estructura normativa del cristiano y consiste en la transformación de la persona en Cristo por la presencia del Espíritu. La ética cristiana se guía por el dinamismo del Espíritu, alejándose de una ética que se fundamenta en el dinamismo de la ley.⁴⁰ A la ley se le asigna una función pedagógica, pero nunca salvífica⁴¹, porque sólo hay salvación en

³⁶ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, (7 de diciembre de 1965), 22.

³⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 28.

³⁸ "El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en Mí nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo es he dicho" (Jn 14, 26).

³⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, (1992), 2003.

⁴⁰ Cf. Rom 7, 6; 8, 14; Gál 4, 4-5; 5, 16-18.

⁴¹ Cf. Gál 3, 24.

Jesús el Cristo⁴².

El Espíritu penetra y transforma el corazón humano, originando aquellas *disposiciones del corazón* que realizan la bondad moral⁴³:

a) La *mirada limpia* para comprender la realidad sin prejuicios ni intereses particulares, sino desde la verdad. Es necesario volver al lenguaje claro para despertar del letargo postmoderno en el cual tienden a desaparecer los contornos precisos del bien y del mal, de la verdad y de la mentira.

b) La *empatía compasiva* para solidarizar con los más vulnerables en la sociedad y hacer verdad en los hechos el amor hacia el otro y, por ende, *todo* otro. Los limpios de corazón miran con compasión y con misericordia.⁴⁴ Si la empatía es la base de la solidaridad, su meta es el compartir. La empatía reconoce a todo otro como un hermano, un igual en dignidad, en el banquete desigual de la historia humana.

c) La *sencillez de vida*, como opción de estilo cotidiano, para crear unos valores alternativos en la sociedad actual, resaltando la dignidad del *ser* (articular el cuidado con la eficacia, el sentimiento con la inteligencia, la inspiración con la voluntad), la instrumentalidad del *tener* (austeridad alegre, auto-dominio humilde, lo esencial por encima de lo superficial), y el rumbo del *actuar* (trabajo como servicio, necesidad de la contemplación, trabajador por encima del trabajo).

2.2. Una moral como seguimiento de Cristo

El Evangelio es *el relato de la práctica de Jesús* y, por ello, constituye para la ética cristiana un horizonte normativo porque se presenta como la pauta que permite leer y evaluar el relato de la práctica humana. No obstante, la ética de Jesús tiene que ser comprendida dentro de la *significación* global de su práctica, sin reducir unilateralmente el Evangelio a un manual de moral.

El relato evangélico es más que un texto porque su finalidad consiste en la *transformación* del lector orante. La práctica de Jesús tiene que desafiar al que quiere ser su discípulo. La plena comprensión de la *palabra* sólo es posible desde

⁴² Ver la parábola del fariseo y el publicano en Lc 18, 9-14. Ver también *Catecismo de la Iglesia Católica*, (1992), 2008.

⁴³ Cf. M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, 188-196.

⁴⁴ Cf. Mt 5, 7-8.

el *convíertanse y crean en la Buena Noticia*⁴⁵. Por ello, sólo desde esta opción fundamental de dejarse cuestionar en la propia práctica tiene sentido hablar de la moral en términos del seguimiento de Cristo, desde el *déjalo todo y sígueme*⁴⁶.

El *seguimiento de Cristo* implica la conformación con Cristo, es decir, un proceso de transformación interior, realizada por el Espíritu, que conduce a un estilo de vida propia del discípulo de Jesús el Cristo. Esta vida moral, en términos de seguimiento, se realiza en un tiempo histórico determinado y en una biografía personal concreta.

La ética cristiana es el fruto del *encuentro* con Cristo, una experiencia *transformadora*. Es la experiencia de Pablo:

"Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe, y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a Él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos. No que lo tenga ya conseguido o que sea perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús" (Fil 3, 7-12).

Juan Pablo II subraya que "*seguir a Cristo* no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa *hacerse conforme a Él*, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la cruz (cf. Fil 2, 5-8). Mediante la fe, Cristo habita en el corazón del creyente (cf. Ef 3, 17), el discípulo se asemeja a su Señor y se configura con Él; lo cual es *fruto de la gracia*, de la presencia operante del Espíritu Santo en nosotros"⁴⁷.

El seguimiento de Cristo constituye el *fundamento esencial y original de la moral cristiana*.⁴⁸ El ser humano es el *eikon* (semejanza) de Dios y una imagen exige una configuración con su modelo para encontrarse plenamente a sí misma.

⁴⁵ Cf. Mc 1, 15.

⁴⁶ Cf. Mt 19, 21.

⁴⁷ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 21.

⁴⁸ *Ib.*, 19.

Por ello, la ética cristiana es la conformidad creciente a la Persona de Jesús el Cristo (cristificación), a Su estilo de vida.

En palabras paulinas, "despójense del hombre viejo con sus obras, y revístanse del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador" (Col 3, 9-10). La vocación más profunda del cristiano es dejarse habitar por Cristo⁴⁹, *el vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Gál 2, 20).

La ética en términos del seguimiento de Cristo subraya, por una parte, su *radicalidad* (el dejarse cuestionar por la práctica de Jesús), y, por otra, su *talante dialogal* (el seguimiento como fruto de un encuentro con Jesús el Cristo). Por consiguiente, la Persona de Jesús el Cristo es el *contenido* y la *motivación* del obrar del discípulo.

2.3. Una moral de la gratuidad

El *sed perfectos como es perfecto su Padre* (Mt 5, 48) ha generado una moral de la perfección que, a veces, responde más a la mentalidad griega que al espíritu cristiano, generando más bien una ética de la autocomplacencia y/o de la culpabilidad.

En la filosofía griega la idea de lo *perfecto* se refería a "aquel ser al que nada le falta en su género"⁵⁰; por ello, la meta ética consistía en alcanzar una conducta sin fallos ni desajustes para poder cumplir con todas las tareas y exigencias del modelo propuesto. Sin embargo, la comprensión evangélica de perfección es distinta. Lo perfecto en la cita de Mateo se sitúa en el *contexto* del *amor*, de la *compasión* y de la *misericordia*. Entonces, lo perfecto es la plenitud en el amor.

"Han oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo* y odiarás a tu enemigo. Pues Yo les digo: *Amen a sus enemigos* y rueguen por aquellos que los persigan, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si aman a aquellos que los aman, ¿qué recompensa van a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludan más que a sus hermanos, ¿qué hacen de particular? ¿No hacen eso mismo

⁴⁹ "Bien está procurarse el celo de otros para el bien, siempre, y no sólo cuando yo estoy entre vosotros, ¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, *hasta ver a Cristo formado en vosotros*" (Gál 4, 18-19).

⁵⁰ ARISTÓTELES, *Metaphysica*, IV, 16, 1021b.

también los gentiles? Ustedes, pues, sean perfectos como es perfecto su Padre celestial" (Mt 5, 43-48).

De hecho, en Lucas se emplea la palabra *misericordia*: *Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6, 36). Juan Pablo II observa que "en el evangelio de Lucas, Jesús precisa ulteriormente el sentido de esta perfección: sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso"⁵¹.

Dios es amor y, por ello, sólo sabe amar. Esta radicalidad está expresada en el amor hacia los enemigos, porque Él que es amor incluye en este ámbito a todos. La referencia al otro sólo existe en cuanto objeto (destinatario) del amor, pero la presencia del otro no condiciona su mismidad que es amor. Dios es amor y su imagen humana sólo podrá realizarse profundamente en la medida que se deje penetrar por este Amor y hacer de su vida un gesto de amor constante hacia el otro.

"Sean, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivan en el amor como Cristo les amó y se entregó por nosotros, como oblación y víctima de suave aroma" (Ef 5, 1-2). "Revístanse, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándose unos a otros y perdonándose mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Y por encima de todo esto, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección" (Col 3, 12-14).

Esta comprensión cristiana de la perfección ética se contradice radicalmente con la actitud de una *autojustificación* religiosa mediante el cumplimiento ético.⁵² El esfuerzo y la preocupación para llevar una vida correcta y honesta puede provocar un *sentimiento de autosatisfacción* que, a su vez, hace poco sensible a la gracia y al don, olvidando la propia condición de pobreza ante Dios.

Una sensibilidad autosuficiente, resultado de la auto-complacencia por haber cumplido con el propio esfuerzo el deber ético, gradualmente prescinde de la necesidad de una Presencia salvadora en la propia vida. En este sentido, la persona que se cree perfecta, mediante el cumplimiento al deber ético, se hace incompatible con Dios, porque sus propias virtudes tienen el peligro de conver-

⁵¹ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, (6 de agosto de 1993), 18.

⁵² Cf. E. LÓPEZ AZPITARTE, S.J., *Cómo orientar la vida: propuestas para alcanzar una ética profundamente religiosa y auténticamente humana*, Paulinas, Buenos Aires, 2000, 76-88.

tirse en un obstáculo que lo separan de Dios. El propio esfuerzo reemplaza la necesidad de salvación.

En la parábola del fariseo y el publicano, Jesús advierte contra este peligro. Frente a aquellos que "se tenían por justos y despreciaban a los demás", aquellos que llegan a afirmar que "no soy como los demás hombres"⁵³, Jesús sentencia que "el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado". Una moral que se emplea para justificarse delante de Dios obstaculiza la gracia, porque es un obrar motivado por el premio y por el mérito, desconociendo la propia pobreza.

La ética cristiana se fundamenta en la *coherencia* agradecida y la *consecuencia* auténtica con el acontecimiento salvífico, es decir, un comportamiento que busca responder al amor gratuito e incondicional de Dios. La ética cristiana es una respuesta práctica de amor al don recibido. Por consiguiente, el cumplimiento ético no es una ocasión de autojustificarse (auto-salvarse), sino la necesaria e imperiosa respuesta (ya que es un indicio de autenticidad y de verificación) frente al Dios misericordioso que ofrece la reconciliación. La ética cristiana no es una manera de pasarle la cuenta a Dios sino una expresión de la auténtica conversión, que reconoce el *protagonismo* de Dios (la gracia) en la propia vida.

En las parábolas del publicano y el fariseo⁵⁴, del Padre misericordioso⁵⁵ y de los jornaleros enviados a la viña⁵⁶, el cumplimiento humano –considerado tan sólo como fruto del propio esfuerzo y que desconoce la ayuda divina, erigiéndose como condena al comportamiento de otros– no tiene ninguna cabida a los ojos de Dios, porque se atribuye lo que no le pertenece.

A primera vista la conducta irreprochable del fariseo, la indignación del hijo mayor y la queja de los obreros que trabajaron durante todo el día, parecen muy razonables. No obstante, el criterio divino es distinto: *Quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No puedo hacer con lo mío lo que quiero?*⁵⁷. *Tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo, pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida*⁵⁸. Estas son expresiones de amor, porque sólo el amor sabe de.

⁵³ Cf. Lc 18, 9-14.

⁵⁴ Cf. Lc 18, 9-14.

⁵⁵ Cf. Lc 15, 11-32.

⁵⁶ Cf. Mt 20, 1-16.

⁵⁷ Mt 20, 14 - 15.

⁵⁸ Lc 15, 31-32.

La lógica divina gira en torno a la gratuidad (la donación), la lógica humana se basa en la auto-referencia del premio (la productividad). El corazón divino juzga con misericordia, el corazón humano condena lo que no comprende. Así, en el episodio del crimen de David para quedarse con la mujer de Urías el hitita⁵⁹, cuando el profeta Natán propone la parábola del rico que se roba la oveja del pobre, el juicio de David es tajante, sin darse cuenta que era un auto-juicio: "Merece la muerte el hombre que tal hizo"⁶⁰. Por el contrario, el juicio de Natán, imagen de la sentencia divina, frente a un David arrepentido es totalmente distinto: "Yahvéh perdona tu pecado; no morirás"⁶¹.

El cumplimiento humano del deber ético no puede erigirse como barrera contra Dios, mediante la autojustificación que desconoce la necesidad de la salvación divina. El compromiso ético es expresión de la coherencia con la propia experiencia de ser salvado y redimido. Básicamente, no es una ética del deber ser sino una ética de la gratuidad gozosa que asume una opción consecuente. "Cuando hayan hecho todo lo que les fue mandado, digan: *somos simplemente siervos; hemos hecho lo que debíamos hacer*"⁶².

La ética cristiana jamás puede *sustituir* la obra salvífica divina, sino tan sólo ser *expresión agradecida* de ella. Por consiguiente, su autenticidad se averigua en la compasión y la misericordia. Por el contrario, cualquier actitud de auto-complacencia condenatoria de otros es sólo fruto del orgullo que desconoce la propia necesidad de salvación.

Así, la vida auténticamente cristiana comienza en el momento en el cual se abandona la obsesión por la propia perfección, de ser perfecto según cánones de proyección humana, y se emprende el camino de una conversión a Aquel que amó primero⁶³, para comprometerse en la realización del Reinado del Padre. El radicalismo evangélico no busca la propia perfección sino la donación al otro en nombre de Dios Padre de todos, en compañía del hermano mayor Jesús, y alentado por la fuerza del Espíritu.

⁵⁹ Cf. 2 Sam 11.

⁶⁰ 2 Sam 12, 5.

⁶¹ 2 Sam 12, 13.

⁶² Lc 17, 10. Empleo la palabra *simplemente* en vez de *inútiles*, atendiendo a la correspondiente nota que aparece en la Biblia de Jerusalén (nueva edición totalmente revisada y aumentada, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975): "Este calificativo no parece bien adaptado al contexto, puesto que el hincapié se hace en el estado mismo de siervo, cf. el fin del v.; pero es la traducción literal (y tradicional) del término griego" (p. 1484).

⁶³ "Nosotros amemos, porque Él nos amó primero" (1 Jn 4, 19).

Sin embargo, el deseo ético de configurar el propio estilo de vida en términos del seguimiento de Cristo topa con las propias *limitaciones e incoherencias*. Cada uno tiene su aguijón clavado en la carne.⁶⁴ El relato ético de la propia biografía hace remontar al Autor del texto de la vida humano: *Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza*. De esa manera, al reconocer la propia limitación, se confía en la fuerza de Cristo. *Cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte*.⁶⁵

El reconocimiento de la propia limitación no es un ejercicio para dañar la auto-estima sino implica enfrentarse con la propia verdad más profunda, ya que sólo desde la aceptación de lo real se puede emprender un proceso de cambio y transformación. Sólo puede cambiarse lo que se acepta. Pero, además, desde la fe, el reconocimiento de la propia limitación no constituye una excusa para no avanzar, sino la proclamación del protagonismo divino en la propia vida (en la flaqueza humana se destaca la fuerza divina). El reconocimiento de la condición humana conduce a un mayor compromiso, porque la confianza básica está depositado en Aquel para quien todo es posible.⁶⁶

Una moral de la gratuidad, agradecida y coherente, se aleja de un narcisismo ético autocomplaciente y auto-referente, traducándose en una vida de donación y de compromiso. Es el radicalismo del Evangelio.

⁶⁴ Cf. 2 Cor 12, 7.

⁶⁵ Cf. 2 Cor 12, 9-10.

⁶⁶ Cf. Mt 19, 26.